

Con Mons. Romero y el papa Francisco hacia la Iglesia de los pobres

Martin Maier
Profesor visitante
Departamento de Teología (UCA)
San Salvador, El Salvador

No hay duda de que el papa Francisco tiene admiración y cariño especiales para Mons. Romero. Pocas semanas después de ser elegido papa, el 13 de marzo de 2013, tuvo un encuentro con Mons. Vincenzo Paglia, el encargado del proceso de canonización de Mons. Romero. Le dijo que había que desbloquear la causa y avanzar rápido. En agosto de 2014, declaró a los periodistas, durante su regreso de Corea del Sur, que Mons. Romero es un mártir “por haber hecho las obras que Jesús nos manda para el prójimo”¹. De esa manera, ratificó la ampliación del concepto de martirio, en el sentido que puede haber no solamente mártires por odio a la fe, sino también por odio al compromiso con la justicia derivado de la fe². El 30 de octubre de 2015, afirmó, ante una delegación de unos 500 salvadoreños, que el martirio de Mons. Romero continuó después de su asesinato, por las calumnias de “sus hermanos del sacerdocio y del episcopado”. Literalmente, dijo que “fue difamado, calumniado, ensuciado”. Y exclamó: “¡Cuántas veces a personas que ya han dado su vida o han muerto se les sigue lapidando con la piedra más dura que existe en el mundo: la lengua!”³.

1. “Rueda de prensa del santo padre Francisco en el vuelo de Corea a Roma”, 18 de agosto de 2014. Disponible en https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/august/documents/papa-francesco_20140818_corea-conferenza-stampa.html.
2. M. Maier, “El ecumenismo de los mártires”, *Revista Latinoamericana de Teología* 81 (2010), 329-341.
3. “Discurso del santo padre Francisco a una peregrinación de la república de El Salvador”, viernes 30 de octubre de 2015. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151030_el-salvador.html.

El papa Francisco, al canonizar a Mons. Romero, lo propone como un obispo ejemplar para la Iglesia universal. Hubiera sido hermoso que el papa canonizara a Mons. Romero en su tierra, tal como lo pidieron los obispos salvadoreños. De esa manera, los salvadoreños pobres, los más importantes para él, hubieran podido participar en ese evento histórico. Sin embargo, la canonización en Roma enfatiza la importancia de Mons. Romero como santo de la Iglesia universal, un obispo fiel al magisterio del concilio Vaticano II y de Medellín. En efecto, Mons. Romero puso la Iglesia al servicio de los más necesitados, hasta dar su propia vida. De esa manera, fue precursor de la conversión de la Iglesia al reino de Dios⁴. Como los primeros destinatarios del reino son los pobres, existe una relación intrínseca entre la Iglesia y los pobres. Así lo ha expresado el papa Francisco, quien desea una Iglesia pobre para los pobres.

El propósito de este artículo es, por tanto, dialogar con Mons. Romero y el papa Francisco sobre la Iglesia de los pobres.

1. Clarificación conceptual de la pobreza y los pobres

Antes de entrar en materia, es oportuno clarificar qué entendemos por pobres y por pobreza. ¿Qué piensan los pobres de una Iglesia pobre y para los pobres? La Procura de misiones de los jesuitas alemanes hizo una pequeña encuesta entre los pobres de Alemania y de los países del sur sobre el deseo del papa de una Iglesia pobre. Las respuestas son sorprendentes, pero claras: los pobres no quieren una Iglesia materialmente pobre. Desean una Iglesia que se coloque creíblemente de su lado, que alivie la pobreza material y que les ayude a salir de la miseria. Por tanto, desean una Iglesia que mantenga su labor de asistencia social, como los hospitales y las escuelas, y que los defienda⁵.

Esto obliga a precisar el concepto de pobreza. Así, pues, vamos a distinguir entre pobreza-miseria, pobreza espiritual y pobreza como compromiso solidario, a partir de las enseñanzas de Medellín⁶, de Gustavo Gutiérrez⁷ y del mismo Mons. Romero.

La pobreza-miseria es la privación de lo absolutamente necesario para una vida digna. Significa hambre y falta de vivienda. Significa falta de acceso a la educación, a la salud, a los servicios públicos, al salario mínimo, y también discriminación por la cultura, la raza o el sexo. Esta pobreza debe ser combatida y erradicada. En esta condición subhumana, viven hoy en día más de 800

4. I. Ellacuría, *Conversión de la Iglesia al reino de Dios. Para anunciarlo y realizarlo en la historia* (San Salvador, 1985).

5. J. Alt, "Eine arme Kirche für die Armen", *Stimmen der Zeit* 139 (2014), 361s.

6. *Los textos de Medellín y el proceso de cambio en América Latina*, p. 104 (San Salvador, 1977).

7. G. Gutiérrez, *Teología de la liberación. Perspectivas*, pp. 321ss. (Salamanca, 1999).

millones de hombres, mujeres y niños. Esta realidad constituye el mayor desafío para la conciencia cristiana y, por esa razón, también para la espiritualidad y la reflexión teológica. Mons. Romero habla de esta pobreza en su tercera carta pastoral: “La Iglesia se identifica con la causa de los pobres cuando éstos exigen sus legítimos derechos. En nuestro país, estos derechos en la mayoría de los casos, son apenas solo derecho a la supervivencia, a salir de la miseria” (VII, 94^b).

La pobreza espiritual o evangélica es distinta de la pobreza material, pero no está totalmente desvinculada de ella. Es la apertura radical a la voluntad de Dios, la fe radical en la providencia divina y la confianza radical en el Dios de amor. Esta pobreza es también conocida como infancia espiritual, de la cual se deriva la renuncia a los bienes materiales. La liberación de estos proviene del deseo de estar poseído solo por Dios y de amarlo y servirlo de manera total. La pobreza espiritual presupone una conversión. Mons. Romero desarrolló este concepto de pobreza en una reunión de sacerdotes:

Por mi parte, opiné que me parecía que todo era asunto de conversión, que era pobre aquel que estaba convertido a Dios y ponía en Dios toda su confianza y que es rico (en el sentido material) el que no se ha convertido al Señor y pone su confianza en los ídolos, que son: el dinero, el poder, las cosas de la tierra. Y que todo nuestro trabajo debe ser convertirnos y convertir hacia ese sentido de pobreza auténtica a todos los hombres. Pues Cristo dijo que el secreto está en que no se puede servir a dos señores, a Dios y al dinero⁹.

Esto lleva a la pobreza como compromiso solidario contra la injusticia, eligiendo vivir con los pobres materiales. La inspiración de esta opción viene de la vida de Jesús, que se hizo solidario con la condición humana para ayudarla a superar el pecado que la esclaviza y la empobrece. La pobreza voluntaria afirma que Cristo vino para llevar una vida pobre, no porque la pobreza posea un valor intrínseco, sino para criticar y desafiar a las personas y los sistemas que oprimen a los pobres y ponen en entredicho su dignidad dada por Dios. Significa más que desposeimiento, porque no se trata de amar la pobreza, sino a los pobres. En Mons. Romero, encontramos también esta modalidad de la pobreza como compromiso solidario:

Esto exige de la Iglesia una mayor inserción entre los pobres, con quienes debe solidarizarse hasta en sus riesgos y en su destino de persecución, dispuesto a dar el máximo testimonio de amor por defender y promover a quienes Jesús amó con preferencia (VII, 149s.).

8. Las citas de las homilias y las cartas pastorales de Mons. Romero están tomadas de la edición crítica de UCA Editores (San Salvador, 2005, ss.). Los números romanos indican el volumen y los números arábigos, las páginas.
9. Ó. A. Romero, *Su diario. Desde el 31 de marzo de 1978 hasta el jueves 20 de marzo de 1980*, pp. 86s. (San Salvador, 2000).

No obstante su respeto a los pobres, Mons. Romero tenía un concepto diferenciado y realista de la pobreza, en la línea de las distinciones anteriores. Para él, la “pobreza pecadora” es consecuencia de la injusticia. Niega a la humanidad el derecho a una vida digna, razón por la cual esta pobreza es una acusación contra la sociedad y sus situaciones de precariedad. En su gran homilía del 17 de febrero de 1980 sobre la pobreza de las bienaventuranzas, la llama pobreza-denuncia (*cf.* VI, 276ss.). Por tanto, hay que luchar contra ella y erradicarla. Las ideas de Mons. Romero sobre la pobreza no eran románticas. Conocía muy bien el espanto de la miseria. Conocía la explotación de las mujeres por los hombres, acentuada por el machismo latinoamericano. Conocía el efecto destructor del alcoholismo y de la violencia. También los pobres son pecadores y tienen que convertirse.

2. La opción por los pobres

2.1. Aproximación a la experiencia

Un camino para acercarse a la opción por los pobres es la experiencia. Quizás la experiencia más feliz de Mons. Romero haya sido que en los pobres se encontró con Dios. ¿Cómo se puede explicar esto? Jesús afirmó que está presente en los pobres, los hambrientos, los sufridos y los marginados (*cf.* Mt 25). Y que aquel que lo ve a él, ve al Padre (Jn 14,9). Así, Mons. Romero pudo pronunciar frases tan conocidas y bellas como “He conocido a Dios porque he conocido a mi pueblo”; “Un obispo siempre tiene que aprender mucho de su pueblo”; “El pueblo es mi profeta”; “Yo tengo que escuchar lo que el Espíritu me dice por su pueblo”, y “Con este pueblo, no cuesta ser buen pastor”.

Al relacionar la Biblia con la realidad, los pobres se convirtieron en los maestros de la fe para Mons. Romero. María López Vigil confesó con lágrimas en los ojos cómo aprendió a ver la Biblia con otros ojos, después de escuchar durante una hora a un grupo de campesinos compartir sus impresiones sobre un texto bíblico. Los pobres le abrieron los ojos para entender el evangelio de una manera nueva¹⁰.

También el papa Francisco comparte esta experiencia: “Puedo decir que los gozos más bellos y espontáneos que he visto en mis años de vida son los de personas muy pobres que tienen poco a qué aferrarse” (*EG* 7¹¹). En su alocución del 10 de septiembre de 2013, durante su visita al Centro Astalli, que acoge a refugiados en Roma, dijo, muy en el espíritu de Mons. Romero:

10. M. López Vigil, *Piezas para un retrato*, pp. 253s. (San Salvador, 2001).

11. Papa Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html.

Los pobres son también maestros privilegiados de nuestro conocimiento de Dios; su fragilidad y su sencillez desenmascaran nuestros egoísmos, nuestras falsas seguridades, nuestras pretensiones de autosuficiencia y nos guían a la experiencia de la cercanía y de la ternura de Dios, a recibir en nuestra vida su amor, su misericordia de Padre que, con discreción y paciente confianza, se ocupa de nosotros, de todos nosotros¹².

La conferencia episcopal latinoamericana de Puebla de 1979 habló en la misma línea del “potencial evangelizador de los pobres” y especificó ese potencial en “los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios” (Puebla, 1147). Jon Sobrino tradujo esas afirmaciones a un lenguaje histórico, al decir que los pobres tienen un potencial evangelizador, porque “ofrecen comunidad contra el individualismo, servicialidad contra el egoísmo, sencillez contra la opulencia y apertura a la transcendencia contra el romo positivismo”¹³.

A Mons. Romero lo acusaron rápidamente de estar en contra de los ricos por su insistencia en la opción por los pobres. En realidad, no excluyó a los ricos, sino que los llamó a la conversión. De la misma manera, lo hizo el papa Francisco: “El Papa ama a todos, ricos y pobres, pero tiene la obligación, en nombre de Cristo, de recordar que los ricos deben ayudar a los pobres, respetarlos, promocionarlos” (EG 58).

2.2. Fundamentación teológica de la opción por los pobres

La opción por los pobres era el corazón de la espiritualidad de Mons. Romero y de su práctica pastoral. La opción por los pobres también está en el núcleo del deseo del papa Francisco de renovar la Iglesia.

El fundamento de la opción por los pobres es la igual dignidad de todos los seres humanos, cuyas raíces se encuentran en que cada ser humano ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. Mons. Romero habló una y otra vez de la semejanza de los seres humanos con Dios, a raíz de las terribles violaciones de los derechos humanos: “No hay dicotomía entre la imagen de Dios y el hombre. El que tortura a un hombre, el que ha ofendido a un hombre, atropellado a un hombre, ha ofendido la imagen de Dios y la Iglesia siente que es suya esa cruz, ese martirio” (II, 165).

12. “Discurso del santo padre Francisco”, martes 10 de septiembre de 2013. Disponible en https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130910_centro-astalli.html.

13. J. Sobrino, “Los pueblos crucificados, actual siervo sufriente de Yahvé”, *Concilium* 232 (1990), 506.

Dios toma partido a favor de aquellos cuya dignidad y cuya vida están amenazados, precisamente, porque todo ser humano es importante para él. En el Antiguo Testamento, Dios aparece como defensor de las viudas y los huérfanos. Isaías exige, en el nombre de Dios: "Aprendan a obrar el bien; busquen lo que es justo, enderecen lo violento; defiendan al huérfano, protejan a la viuda" (Is 1,17). Jeremías establece un vínculo íntimo entre el conocimiento de Dios y la práctica de la justicia: "Hacia la justicia al pobre y al necesitado. Por eso, todo iba bien. ¿No es eso conocerme? —oráculo de Yahvé" (Jr 22,16). Para los profetas del Antiguo Testamento, conocer a Dios significa practicar la justicia.

Asimismo, la encarnación de Dios en Jesucristo muestra su predilección por los pobres. El movimiento de la encarnación acontece de arriba hacia abajo, de la gloria de Dios a la limitación y la pobreza humanas. Es lo que Pablo designa como *kénosis*. En su homilía del 1 de octubre de 1978, Mons. Romero comparó la *kénosis* de Dios con un rey que abandona su trono, deja sus vestiduras reales, se viste con los harapos de los campesinos y vive entre ellos sin destacarse.

Así Cristo se vistió con el ser humano y apareció como hombre corriente. Si estuviese aquí en la Catedral, no se le podría distinguir de los demás presentes. Y a Cristo no le bastó con ser sólo un hombre corriente, sino que se convirtió en esclavo y sufrió en la cruz la muerte de los esclavos (*cfr.* III, 296).

De igual manera, Mons. Romero aplicó el movimiento divino de la *kénosis* a la Iglesia: tiene que ser una Iglesia pobre y humilde, tiene que ser una Iglesia de abajo.

La opción por los pobres caracterizó también la vida de Jesús de Nazaret. No vivió en los palacios, sino que su hogar estuvo de manera especial entre las gentes sencillas. Los pobres ocupan el primer lugar en sus bienaventuranzas. En su parábola del juicio final, se identifica con los pobres, los necesitados y los marginados. En la misma línea, Pablo declara que la quintaesencia de la fe cristiana consiste en que Dios eligió al pequeño y al débil de este mundo como lugar preferido de su presencia y su revelación: "Dios ha escogido más bien a los que el mundo tiene por necios para confundir a los sabios; y ha escogido a los débiles para confundir a los fuertes" (1 Cor 1,27). Es decir, la opción por los pobres recorre la Biblia como un hilo rojo.

De manera significativa, la opción por los pobres aparece en momentos clave del magisterio de los papas Juan XXIII y Pablo VI. Juan XXIII dirigió un mensaje radial a los católicos del mundo, el 11 de septiembre de 1962, pocas semanas antes del comienzo del concilio Vaticano II, en el cual dijo: "Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia se manifiesta como lo que es y quiere ser, la Iglesia de todos, y sobre todo, la Iglesia de los pobres"¹⁴. A pesar de los deseos de Juan XXIII, la Iglesia de los pobres no fue uno de los temas centrales del concilio.

14. Citado en G. Gutiérrez, *Teología de la liberación*, o. c., p. 321.

Sin embargo, su sucesor, Pablo VI, quien ha sido canonizado junto con Mons. Romero, retomó la cuestión, en un momento muy significativo, en 1968, en una homilía que pronunció, en San José de Mosquera (Colombia). Pablo VI fue el primer papa que viajó a América Latina para inaugurar la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. El 23 de agosto, presidió la eucaristía para unos 200,000 campesinos, arrendatarios y jornaleros, provenientes de diversas regiones de América Latina, en San José de Mosquera, a 25 kilómetros de Bogotá. En la homilía, dijo, literalmente:

Vosotros sois un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la Eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino. Toda la tradición de la Iglesia reconoce en los pobres el Sacramento de Cristo, no idéntico, ciertamente, a la realidad de la Eucaristía, pero sí en perfecta correspondencia analógica y mística con ella¹⁵.

Y más concisamente todavía, declaró: “Amados hijos, vosotros sois Cristo para Nos”.

Estas palabras son una anticipación casi profética de la homilía que Mons. Romero pronunció el 19 de junio de 1977, en Aguilares. En ella, identifica al pueblo sufrido y maltratado con el Divino Traspasado del profeta Zacarías y con Cristo crucificado. Además, estableció un paralelo entre la población maltratada y las formas consagradas del tabernáculo, las cuales habían sido profanadas por los soldados. “En el símbolo de la hostia, pisoteada en Aguilares, miremos el rostro de Cristo en la cruz” (I, 135). En la homilía de la fiesta del Corpus Christi de 1978, Mons. Romero estableció la relación entre la presencia de Cristo en el sacramento de la eucaristía y el maltrato de tantos salvadoreños.

Resulta bien oportuno un homenaje al Cuerpo y a la Sangre del Hijo del hombre mientras hay tantos ultrajes al cuerpo y a la sangre entre nosotros. Yo quisiera reunir en este homenaje de nuestra fe a la presencia del Cuerpo y la Sangre de Cristo derramada por nosotros, tanta sangre, el amontonamiento de cadáveres masacrados aquí en nuestra patria, en nuestra hermana república de Nicaragua y en el mundo entero (IV, 527).

El papa Francisco, en *Evangelii gaudium*, insiste en la dimensión teológico-teologal de la opción por los pobres. Para la Iglesia, la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia”. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos

15. B. Bleyer, “Los pobres como sacramento de Cristo. La homilía de Pablo VI en San José de Mosquera (1968)”, *Revista Latinoamericana de Teología* 75 (2008), 274.

sentimientos de Jesucristo” (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una *opción por los pobres*, entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”. Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”. Por eso, quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos (EG 198).

3. La Iglesia: sacramento de salvación

La Iglesia católica abrió un nuevo capítulo de su historia con el concilio Vaticano II y la conferencia episcopal de Medellín¹⁶. Entró en diálogo con el mundo y se quiso poner al servicio de la humanidad, en seguimiento de Jesús. Describió su misión como servicio: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10,45). Se trata no solo de la salvación de las almas, sino de la totalidad del ser humano, lo cual incluye también las condiciones materiales de vida. Esta mirada globalizante de la salvación está en el centro del concilio Vaticano II. De esa manera, la Iglesia reconoció que los cristianos tienen también la responsabilidad de comprometerse políticamente con la justicia y los derechos humanos.

Ecclesia semper reformanda, la Iglesia siempre tiene que reformarse, renovarse. El punto de referencia de toda renovación de la Iglesia es el evangelio. Renovación significa acercar más la Iglesia al evangelio. Así como Jesús no se predicó a sí mismo, sino el reino de Dios, la Iglesia tiene que colocarse al servicio de dicho reino y de esa manera convertirse en sacramento del reino de Dios. Los primeros destinatarios de la buena nueva del reino de Dios son los pobres. En consecuencia, hay una relación intrínseca entre la Iglesia y los pobres. Eso lo declara con claridad el número 8 de *Lumen gentium*, la constitución dogmática sobre la Iglesia: “Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres” (8). Renovación de la Iglesia significa, por tanto, parecerse más a Jesús: una Iglesia al servicio de la humanidad y especialmente de los pobres, los necesitados, los marginados.

16. J. Sobrino, “La Iglesia de los pobres. Desde el recuerdo de monseñor Romero”, *Revista Latinoamericana de Teología* 86 (2012), 135-155.

La renovación de la Iglesia siempre es una conversión al reino de Dios. Una intuición profunda del papa Francisco, desde el inicio de su pontificado, es que la reforma de la Iglesia tiene que pasar necesariamente por los pobres.

La conferencia de Medellín tradujo la apertura del concilio al mundo en apertura de la Iglesia latinoamericana al mundo de los pobres. Esto no agradó a quienes se habían aprovechado de la situación predominante. Por eso, se opusieron a todo tipo de cambio. En concreto, fueron las oligarquías y el gobierno de Estados Unidos, a nivel geopolítico. Ellos acusaron a la Iglesia fiel a las innovaciones de Medellín de meterse en política y la tildaron de comunista. Asimismo, demonizaron la teología de la liberación como una teología impregnada de marxismo y la acusaron de justificar y de fomentar la violencia¹⁷.

Ignacio Ellacuría relaciona la sacramentalidad de la Iglesia con la realización del reino de Dios en la historia: “La Iglesia realiza su sacramentalidad histórico-salvífica anunciando y realizando el reino de Dios en la historia. Su *praxis* fundamental consiste en la realización del reino de Dios en la historia, en un hacer que lleve a que el reino de Dios se realice en la historia”¹⁸. Esta salvación no es meramente espiritual y trascendente, sino que tiene también relevancia para este mundo y para esta historia. Aquí subyace la unidad de la historia del mundo y de la historia de la salvación, la cual describe Mons. Romero en su homilía del 6 de agosto de 1977, de la manera siguiente:

Uno de los cambios de la Iglesia actual es haber roto esa dicotomía, esa separación entre la Iglesia y el mundo; porque también ha comprendido la unidad de la historia profana con la historia de la salvación. Se había creado en nuestra espiritualidad, en nuestro modo de pensar como Iglesia, que el mundo es despreciable. Que la historia profana de los hombres, era como un para mientras, como un tiempo de prueba, y que iba paralela con la historia espiritual de la salvación de Dios. Había una separación casi infranqueable entre lo material y lo espiritual, entre lo profano y lo sagrado; y se aconsejaba una especie de conformismo: pasemos la vida, la historia como se pueda, y ya vendrá el cielo, la salvación eterna; procuremos no condenarnos en el infierno. Y así teníamos de la historia algo separada a nosotros (I, 240s.).

De la unidad de la historia del mundo y de la historia de la salvación surge también una nueva relación entre la Iglesia y la política. Mons. Romero rechaza “una Iglesia meramente espiritualista, una Iglesia de sacramentos, de rezos, pero sin compromisos sociales, sin compromisos con la historia” (I, 101). De acuerdo con las nuevas orientaciones del concilio, la Iglesia ha de ser símbolo del amor de Dios en el mundo, así como sacramento de la salvación y de la unidad entre

17. M. Maier, “Monseñor Romero y la teología de la liberación”, *Revista Latinoamericana de Teología* 99 (2016), 201-214.

18. I. Ellacuría, *Escritos teológicos*, II, p. 461 (San Salvador, 2000).

los seres humanos. Ha de hacerse presente en la historia como cuerpo de Cristo y proseguir su obra de salvación¹⁹. Esto tendría que repercutir también de forma concreta en la situación social, económica y política de El Salvador.

El papa Francisco está en plena sintonía con esta visión:

Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está sólo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas “para que las disfrutemos” (1 Tm 6,17), para que *todos* puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar “especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común” (EG 182).

Mons. Romero comprendió que la caridad sola no es suficiente, sino que hay que tocar las estructuras sociales y el sistema económico. El arzobispo Hélder Câmara, de Brasil, lo expresó con estas palabras: “Si doy pan a los pobres, me llaman santo. Si pregunto por qué los pobres no tienen qué comer, me tildan de comunista”. El papa sigue exactamente esta línea, en su discurso en el Centro Astalli: “La caridad que deja al pobre así como es, no es suficiente. La misericordia verdadera, la que Dios nos dona y nos enseña, pide la justicia, pide que el pobre encuentre el camino para ya no ser tal”.

Una Iglesia cuerpo de Cristo en la historia, fiel en el seguimiento de Jesús, tiene que sufrir también su destino: ser calumniada y perseguida hasta la cruz. Así lo experimentó Mons. Romero:

La Iglesia es perseguida porque ella desea ser la verdadera Iglesia de Cristo. Mientras la Iglesia predica la salvación eterna sin involucrarse en los problemas reales del mundo, la Iglesia es respetada y apreciada, y más aún recibe privilegios. Pero si es fiel a su misión de denunciar el pecado que pone a muchos en la miseria y si proclama la esperanza de un mundo más justo y humano, entonces es perseguida y calumniada, y llamada subversiva y comunista (VII, 72).

Es muy llamativo que el papa Francisco, por su dura crítica al sistema económico neoliberal predominante, también ha sido acusado de ser marxista por el sector ultraconservador de Estados Unidos.

En medio de la represión y la violencia, Mons. Romero describió su cargo de obispo como labor de “recoger cadáveres” (I, 149). De manera parecida, el papa Francisco dijo:

Lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo

19. Ó. A. Romero, *La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia* (VII, 51ss.).

a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. [...] Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades²⁰.

Mons. Romero quiso una Iglesia semejante a Jesús, una Iglesia al servicio de la humanidad y especialmente de los pobres y los necesitados. Es lo que quiere también el papa Francisco. En Mons. Romero, encontramos mucha inspiración para construir una Iglesia pobre y para los pobres.

4. La Iglesia de los pobres y la civilización de la pobreza

Mons. Romero y el papa Francisco han denunciado la injusticia del sistema global y han animado a buscar un nuevo modelo de civilización. Mons. Romero hizo suya la visión de Juan Pablo II de una civilización del amor. Pero la vinculó de manera determinante con la justicia.

La civilización del amor no es un sentimentalismo, es la justicia y la verdad. [...] Una civilización del amor, que no exigiera justicia a los hombres, no sería verdadera civilización, no marcaría las verdaderas relaciones de los hombres. Por eso, es una caricatura de amor cuando se quiere apañar con limosnas lo que ya se debe por justicia. Apañar con apariencias de beneficencia cuando se está fallando en la justicia social. El verdadero amor comienza por exigir entre las relaciones de los que se aman la justicia (IV, 374).

El papa Francisco condena claramente al actual sistema económico y social global como injusto desde su raíz. En *Evangelii gaudium*, en una denuncia provocadora, afirma: “esta economía mata” (53). Y de manera más analítica:

Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales (EG 202).

Además, apunta nuevas formas de pobreza y vulnerabilidad: “los sin techo, los tóxico-dependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados” (EG 210). Francisco considera a los migrantes como un desafío especial, “por ser Pastor de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos. Por ello, exhorto a los países a una generosa apertura, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales” (EG 210).

20. “Entrevista concedida por el papa Francisco al padre Antonio Spadaro, S. J., director de la revista *La Civiltà Cattolica* (*L'Osservatore Romano*, 21 de septiembre de 2013)”. Disponible en https://w2.vatican.va/content/francesco/es/events/event.dir.html/content/vaticanevents/es/2013/9/21/papa-francesco_20130921_intervista-spadaro.html.

E insiste en que “el planeta es de toda la humanidad y para toda la humanidad, y que el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad” (EG 155). En el mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2014, advierte que la sucesión de crisis económicas “debería llevarnos a las oportunas revisiones de los modelos de desarrollo económico y a un cambio en los estilos de vida”²¹.

En la tradición de la doctrina social católica, el destino universal de los bienes prevalece sobre la propiedad privada.

La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada. La posesión privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde (EG 189).

Francisco desarrolla esta idea en su encíclica *Laudato si'*, la cual tiene como subtítulo “Sobre el cuidado de la casa común”²². La casa común es nuestro mundo. Es una maravilla, pero también está amenazada por el cambio climático y la explotación desenfrenada de los recursos naturales. Tenemos que cuidarla y tenemos que salvarla. Tenemos una responsabilidad hacia las generaciones futuras. No tenemos más que una casa, que es la casa común de toda la humanidad. Por eso, la cuestión ecológica es también una cuestión de justicia.

Ignacio Ellacuría enfatiza que las soluciones que los países ricos ofrecen para la crisis global, no pueden ser verdaderas soluciones, porque no son universalizables. Es simplemente imposible que los países pobres del sur se aproximen siquiera a vivir como los países ricos del norte. No existen los recursos naturales necesarios para ello, e intentarlo conduciría al colapso ecológico global. Solo puede adoptarse como modelo un proyecto de ordenamiento mundial universalizable. Por eso, Ellacuría clamaba por una civilización mundial de la pobreza. La civilización de la pobreza “hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas principio del desarrollo y del crecimiento de la solidaridad compartida el fundamento de la humanización”²³.

21. “Mensaje del santo padre Francisco para la celebración de la XLVII Jornada mundial de la paz”, 1 de enero de 2014. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/papa-francesco_20131208_messaggio-xxlvii-giornata-mondiale-pace-2014.html.
22. Carta encíclica *Laudato si'* del santo padre Francisco sobre el cuidado de la casa común. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html.
23. I. Ellacuría, *Escritos teológicos*, II, o. c., p. 274.

Ellacuría insistió también en el escándalo ético de la riqueza-abundancia frente a la pobreza-miseria. Si hay pobreza-miseria, la riqueza-abundancia es inmoral, un escándalo ético, que atenta no solamente contra la dignidad de los pobres, sino también de los ricos. En esta línea, el filósofo alemán Christian Neuhäuser publicó hace poco el libro *La riqueza como problema moral*, donde defiende que la extrema pobreza de grandes sectores de la población mundial debe ser justificada moralmente por las sociedades occidentales, porque los países ricos mantienen un sistema global que previsiblemente causa un daño evitable en los habitantes de los países pobres²⁴. Frugalidad y un nivel de vida más austero no solo representan un desafío ético, sino también una cuestión de supervivencia para la humanidad. De ahí que también se pueda hablar de una “civilización de la austeridad compartida”²⁵. No se trata de una renuncia que haga rechinar los dientes, sino del descubrimiento de que limitaciones voluntarias enriquecen y pueden hacer feliz.

En esta búsqueda de un nuevo modelo de civilización, la Iglesia y, desde una perspectiva ecuménica, las iglesias y las comunidades religiosas no cristianas tienen un papel importantísimo. La Iglesia denuncia la carencia injusta de los bienes de este mundo, predica y vive la pobreza espiritual y se compromete con la pobreza material. Una Iglesia pobre y para los pobres puede y debe volverse promotora de una civilización de la pobreza.

Mons. Romero es un precursor de esta Iglesia pobre y para los pobres:

Este acercamiento al mundo de los pobres es lo que entendemos a la vez como encarnación y como conversión. Los necesarios cambios al interior de la Iglesia, en la pastoral, en la educación, en la vida religiosa y sacerdotal, en los movimientos laicales, que no habíamos logrado al mirar solo el interior de la Iglesia, lo estamos consiguiendo ahora al volvernos al mundo de los pobres (VII, 193).

El papa Francisco casi literalmente lo confirma, en su discurso en el Centro Astalli:

Para toda la Iglesia es importante que la acogida del pobre y la promoción de la justicia no se encomienden sólo a los “especialistas”, sino que sean una atención de toda la pastoral, de la formación de los futuros sacerdotes y religiosos, del empeño normal de todas las parroquias, los movimientos y las asociaciones eclesiales.

Mons. Romero y el papa Francisco son hermanos en el espíritu y aliados en la construcción de una Iglesia pobre.

24. C. Neuhäuser, *Reichtum als moralisches Problem* (Berlín, 2018).

25. M. Maier, “La civilización de la pobreza y los desafíos globales de hoy”, *Revista Latinoamericana de Teología* 91 (2014), 41ss.